

## REINA ROFFÉ sobre *AVESTRUCCES POR LA NOCHE*,

de Guillermo Roz

Para mí es un gusto presentar *Avestruces por la noche*, el segundo libro que publica Guillermo Roz en España, un joven escritor argentino, joven compatriota, que ya con su primera novela, *La vida me engañó*, viene demostrando que es un narrador nato, un narrador apasionado, que trabaja un tipo de prosa sumamente elaborada, en el sentido en que siempre presenta, al menos, dos tramas: una a la vista y otra oculta que emerge, a veces, por sorpresa hacia el final o que actúa, por acumulación, a lo largo del relato y produce un efecto revelador. Con esta textura de los grandes narradores contemporáneos, Guillermo Roz genera un tejido propio para escribir sus narraciones.

*Avestruces por la noche* contiene dos nouvelles, dos novelas cortas. Una es la que lleva el título del libro y la otra, *El riesgo de las anacondas*. Ambas sustentan, ya desde sus títulos, cargados de significado, un aire de misterio que siempre resulta seductor. Si la elaboración de ambas es compleja, están, sin embargo, escritas con un lenguaje directo (especialmente *El riesgo de las anacondas*, que tiene una prosa conversada, me recuerda al mejor Bioy Casares) escrita mediante una aprehensión sensible de la realidad y de lo que va más allá: los miedos que rigen nuestro comportamiento.

Para Julio Cortázar, todo buen relato debe actuar como un temblor de agua dentro de un cristal. Es lo que sentimos al leer estas dos nouvelles de Guillermo, cuyo efecto perdura en el lector precisamente como eso: como un temblor de corta duración pero de enorme impacto.

Tanto en *Avestruces* como en *El riesgo de las anacondas*, Roz se apoya en detalles de la vida cotidiana, aunque cuenta o describe lo esencial de la realidad que circunda a los personajes actuantes, permitiendo así que el lector complete lo

que falta, lo que no se dice, pero está ahí, y constituye una suerte de correlato, de secreto que es necesario acechar y, al mismo tiempo, develar.

Con golpes de ingenio, Roz crea atmósferas de intimidad que, en efecto, vuelven al lector cómplice de la historia narrada y lo hace con un lenguaje que sirve de pasaporte o puente para franquear las puertas de la creación artística, donde el escritor se convierte en médium capaz de recibir una forma estética y transmitirla a través de ese elemento mágico que es la palabra.

Es decir, Guillermo Roz procede como los narradores importantes de nuestro tiempo, sabe narrar, conoce las claves de la escritura narrativa y crea estructuras, diría yo, casi de guión cinematográfico que le sirven de andamiaje para narrar historias donde la realidad aparece en un segundo plano, porque la fantasía gana la escena. Y, además, le rinde tributo a la síntesis que nos propone la poesía, pues al narrador, como sabemos, también lo habita el mismo anhelo de perfección que al poeta. Y de ahí ese lenguaje despojado de retórica que se concentra, más que nada, en el desarrollo de la anécdota.

En *Avestruces*, Goyo, el protagonista, un muchacho que ha conseguido, aparentemente, todo aquello con lo que soñaba -casa, trabajo y una mujer que lo quiere- se ve envuelto, de pronto, en una situación de profunda irrealidad, despojado totalmente de lo que ha sido y lo que ha obtenido; nada ni nadie de su confianza en la casa, nada en el exterior que lo relacione con su vida anterior, sólo un horizonte ilimitado, que lo ahonda en el vacío, y, por supuesto, avestruces, la inquietante presencia de esas aves corredoras enormes, que no vuelan, y que en América llamamos ñandú.

Por algo esta nouvelle de Roz lleva dos epígrafes, uno pertenece a César Aira (“La pampa estaba transparente”) y el otro a Borges, donde Borges nos habla de “una sola línea recta y que es invisible; incesante”, lo cual nos remite a esa zozobra que produce nuestra pampa argentina, enorme territorio, que da vértigo precisamente por su carácter de ilimitado, de algo que no parecer tener principio ni fin. Goyo, por tanto, cito a Roz, “siente en la piel la pesadilla más

real de su vigilia”. Ve el páramo, el páramo en el que se ha convertido su vida. Todo lo que le pertenecía ha desaparecido y se encuentra ahora en otro lugar, en ese otro lugar que a mí me remite a pensar, también, en el desasosiego de extranjería, cuando dejamos todo lo que era nuestro mundo para vivir en otro país, en otra sociedad, con otros seres y sentimos aquello que decía Reinaldo Arenas, otro exiliado, en su autobiografía *Antes que anochezca*, aquello tan hermoso, tan tremendamente hermoso, “...me doy cuenta de que para un desterrado no hay ningún sitio donde se pueda vivir; que no existe sitio, porque aquél donde soñamos, donde descubrimos un paisaje, leímos el primer libro, tuvimos la primera aventura amorosa, sigue siendo el lugar soñado; en el exilio uno no es más que un fantasma, una sombra de alguien que nunca llega a alcanzar su completa realidad; yo no existo desde que llegué al exilio; desde entonces comencé a huir de mí mismo”. Claro que la recuperación de ese dolor, de ese desasosiego de extranjería está, precisamente, en la escritura. Por eso Roz, desde que vive en España (lleva siete años aquí), ha escrito y publicado ya dos libros, quizá como forma de recuperación e integración, puesto que la escritura permite amalgamar los episodios dispersos en la memoria, reparar escenas rotas y olvidadas, ficcionalizar las suturas de la realidad, ganar a las tinieblas un espacio más amplio y luminoso; permite cobrar entidad, existir, permanecer en el relato.

Roz, en este libro que presentamos, rinde varios homenajes y encuentro en él ciertas huellas de lecturas. Yo leo en *Avestruces por la noche*, por ejemplo, al Cortázar de “Casa tomada”, al Onetti de la saga de Santa María, en Roz es “Santa María de todos los infiernos”, al Julio Verne que soñaba con cohetes, al Felisberto Hernández de *El caballo perdido*, donde aparece una de las frases más citadas del autor uruguayo, que contiene una declaración de principios sobre ese componente que debe actuar en todo relato y posee un alcance extraordinario en sus textos: “Ahora han pasado unos instantes en que la imaginación, como un insecto de la noche, ha salido de la sala para recordar

los gustos del verano y ha volado distancias que ni el vértigo ni la noche conocen”.

En otras palabras, nos topamos de lleno con relatos que se apoyan en una bien concebida mezcla de géneros, con predominio de lo fantástico, donde ciertos toques de humor y la presentación de personajes caricaturescos contribuyen a hacer verosímil las pesadillas que Roz nos narra.

Cuando un autor describe algo, señalaba Antón Chéjov, lo tiene que ver y tocar con las manos. Así parecen creados los personajes de estas nouvelles, que también abordan un asunto de sumo interés, la cuestión de la identidad. Goyo se ve forzado a ensayar distintas identidades, todas provisionarias, y a pasar por ese trance kafkiano de la metamorfosis. Es un extranjero permanente, un hombre en perpetua mudanza de sí mismo.

En *El regreso de las anacondas* también funciona ese elemento destabilizador, que es la metamorfosis, el cambio profundo. En esta nouvelle nos encontramos con un personaje que, por una jugada cruel del azar, en la que interviene un padre alcohólico, lleva por nombre el tan señalado de Anaconda. En ella, Roz nos narra las diferentes etapas del personaje, sin saltarse ninguna de ellas, que problematizaron el complejo entramado de su vida, en el que debe cargar con el peso de ese nombre, Anaconda, que tan bien conocemos por el cuento de otro autor rioplatense, Horacio Quiroga, donde el peligro de un mundo de selvas, reptiles venenosos, fieras, fiebres y calores asfixiantes se une a la amenaza de un tenebroso reinado de locura y aberración, de sombras y pesadillas.

Pero la Anaconda de Roz lleva su nombre, más que por la Anaconda de Quiroga, por la otra, la del cine, serpiente descomunal que supo darnos Hollywood en tecnicolor, como representación encarnada de todo mal. Una Anaconda inocente, en un principio, la de Roz, pasto de bromas perversas, que va transformándose paso a paso, acomodándose a su nueva circunstancia, pero que, un día, cambia, al fin, de piel, y se reencuentra a sí misma en otro

lugar, en el Brasil amazónico y obsesivo, como dice el texto, de las anacondas verdaderas. Lo incubado, salta por sorpresa, y rompe con la normalidad. La experiencia diaria, aquello que ostenta cariz de vida cotidiana, se transforma por obra y gracia de la escritura, en un universo gobernado por la imaginación. Universo que gana terreno a la realidad a fuerza de imponerse mediante “lo convencional” y se mantiene incólume a través del persistente centelleo de la fantasía como único sustento de realidad, donde los valores se subvierten para inducir al lector a explorar en las capas profundas, oscuras de la interioridad individual.

Ambas nouvelles, decíamos, apelan a la naturaleza y a su metamorfosis; a lo extraño, elemento característico de la literatura fantástica que tanto y tan bien se practicó en el Río de la Plata. Con este componente, Roz construye una urdimbre propia de vidas parasitarias, ámbitos de puertas hacia dentro y juegos de poder que se ceban en la destrucción. Su literatura refleja un claro impulso renovador que, para Ricardo Piglia, es la razón suprema del arte de escribir, donde también funciona eso que llamamos búsqueda: cómo se puede renovar un género, que es lo que hace Roz, quien, además, trabaja con las palabras, como diría el poeta Gelman, como se trabaja con objetos concretos. Se trata de un artesano, el que busca siempre el material apropiado para dar forma a una idea, el que busca el adjetivo más lúcido, la imagen más sugestiva, la metáfora más brillante que aparten al texto de la monotonía y lo cubran de hermosas vestiduras, de frases bien hechas. En el libro *Formas breves*, Ricardo Piglia señala que el “arte de narrar es un arte de la duplicación; es el arte de presentir lo inesperado; de saber esperar lo que viene, nítido, invisible, como la silueta de una mariposa contra la tela vacía”. “Sorpresas, epifanías, visiones. En la experiencia siempre renovada de esas revelación que es la forma, la literatura tiene, como siempre, mucho que enseñarnos sobre la vida”. Por eso, es tan importante la lectura, por eso les recomiendo que lean a Guillermo Roz, su escritura condensa el movimiento intenso de una prosa que persigue con la

máxima sencillez, pero también con la máxima profundidad, facetas oscuras que se esconden detrás de la apariencia inocente de las personas y las cosas.